La Novela Corta

NO HAY BURLAS
CON EL CASERO

por

Joaquín Belda

10 cts.
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Año III. Madrid 9 de Noviembre de 1918 Núm. 149.

LA NOVELA CORTA

Director: José de Urquía

Para que el lector juzgue la importancia de **La novela TEATRAL**, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ya nos ha sido **oficialmente otorgada.**

Galdós.

49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.

Dicenta.

6. El Lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal. - 30. El crimen de ayer. - 60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.

Benavente.

9. Todos somos unos. - *La copa encantada.-*El marido de su viuda.

Quintero.

66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.

Linares Rivas.

16. El Cardenal.-99 La Cizaña-*Bodas de plata.-*María Victoria. - *La estirpe de Júpiter.-*Nido de águilas.

Felipe Trigo.

1. Trata de blancas. - 25. La eterna víctima.

Vital Aza.

32. Francfort. - 33. La Rebotica. - 36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-*Las codornices.-*El sueño dorado.

Arniches.

2. La sobrina del cura. - 11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas. - 20. Doloretes. - 21. La señorita de Trevelez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Ramos Carrión.

84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad. - 95. La Bruja. - *La muela del juicio.-*El bigote rubio.-*Los sobrinos del Capitán Grant

Arniches - García Alvarez.

15. Alma de Dios. - 17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz. - 87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.

García Alvarez - Muñoz Seca

8. El verdugo de Sevilla. - 12. Fúcar XXI. - 34. La frescura de Lafuente. - 51. El último Bravo. - 56. Los cuatro Robinsones. - 64. Pastor y Borrego.

Paso - Abati.

13. El rio de oro.-40. El gran tacaño.-*La Divina Providencia.-*El rey que rabió. - *El señor Gobernador.-*Zaragüeta.-*Robo en despoblado. - *El padrón municipal. - *El oso muerto. - *La ocasión la pintan calva.

Villaespesa.

10. El rey Galaor. - 23. Aben-Humeya. - 37. Doña María de Padilla. - 65. La leona de Castilla. - *El Halconero.

Echegaray (Miguel).

44. La viejecita. - 59. Gigantes y cabezudos. 76. El dúo de la Africana. - 91. La Rabalera.

Perrín y Palacios.

74. La Corte de Faraón. - 80. La manta zamorana. - 81. Pedro Gimenez. - 89. La Generala. 93. Pepe Gallardo. - *El Húsar de la Guardia.

COMEDIAS

3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-7. Charito la Samaritana.-18. El hombre que asesinó.-26. Jimmy Samson. - 27. López de Coria. - 28. La Gioconda.-29. Primavera en Otoño.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina. - 42. Genio y figura.-47. Petit-Café. - 48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá. - 57. Los gemelos.-73. Trampa y cartón

ZARZUELAS

22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-94. El padrino de «El Nene».-96. El señor Joaquín.

(*) Las obras señaladas con asteriscos es que en breve serán publicadas.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo

FRANZ HALLERS

comedia dramática en tres actos, original de

LINDAU GARSSE

DIEZ céntimos.

DNU 16926 CB.1535821 tit.393074

NO HAY BURLAS CON EL CASERO

R 430702

NOVELA

POR

JOAQUÍN BELDA

El suculento inmueble propiedad de don Antero Muñoz se alzaba majestuoso en la acera izquierda de la calle de Segovia, conforme se va a la estación de Las Pulgas; en todo el barrio no había edificio de mayores proporciones, si se exceptúa el vecino Seminario, que, visto de noche, sobre la amplia desolación de las Vistillas, semejaba un castillo encantado por cuyas numerosas saeteras escapaba una vigorosa emanación de potaje de judías.

Desde el barandal del Viaducto podía admirarse el patio interior de la casa, adornado por los balconajes corridos de los siete pisos de que constaba la finca: en esta especie de pasillos al aire, exhibíanse, durante las horas de sol, una colección completa de datos para el estudio de la vida íntima de los habitantes del caserón, consistentes en interminables colgajos de ropa puesta a secar, con cuyo detenido análisis podríamos venir en conocimiento de la clase de inquilinos que domeñaba bajo su férula el inquisitorial don Antero.

Allí, en el rincón derecho del principal, hay unas medias de seda color frambuesa, que no pueden pertenecer más que a dos seres: a una cupletista o a un macero del Ayuntamiento; la duda es cruel, pero por ahora será inútil que intentemos salir de ella. Más arriba, en el centro del segundo, un mujerzuela desgreñada tiende al aire una sábana de proporciones alarmantes, que no puede pertenecer más que al lecho de un matrimonio o de dos personas que, sin serlo, vivan y duerman como si lo fuesen; y así siguiendo, en toda esta miseria tendida al sol podríamos encontrar el indicio acusador con que construir un padrón mucho más lógico y útil que el que todos los años lanza a la luz pública el excelentísimo Ayuntamiento.

Nuestros lectores, con esa perspicacia que caracteriza a todos los lectores de estas latitudes, habrán comprendido que la casa de la calle de Segovia era una casa de vecindad, enclavada en la arteria principal de un barrio que, con sus altibajos y encrucijadas, recuerda mucho la leyenda de estocadas y picardías que todos hemos vivido unas horas a la salida de los exámenes del bachillerato: era la tal casa algo así como el compendio o colector representativo de todos los habitantes del distrito; no había en él clase social, ni gremio, ni variante de la vagancia que no tuviese en las habitaciones del inmueble su exacta y cabal representación. *Nada más* que noventa y seis familias acampaban en aquel falansterio sin ascensor, amén de algún individuo suelto que no tenía más familia que sus muebles, y cierta individua que entraba y salía solita sin miedo a perderse, es decir, que, según rezaba la lista del portero y semi-administrador, las personas que por la noche se recogían a dormir bajo el manto protector del techo arcaico de la casa, eran cuatrocientas doce, ni una más ni una menos... Esto, no siendo mal pensado y no queriendo suponer que a alguno de los varones de la vecindad

no se le hubiese ocurrido pasar la noche fuera de casa en echazón de una cana al aire, o que a cualquier vecina, más o menos inculta, no se le hubiese montado en la nariz dar refugio en el hogar a alguno de esos noctámbulos empedernidos que más gustan del ajetreo en casa ajena que del reposo en la propia. Pero estos casos, en honor de la honestidad y sosiego de los vecinos, hay que decir que eran poco frecuentes.

¿Cuál era la estirpe de los habitantes del prestigioso edificio? ¿A qué categoría social pertenecían? Así, en general, podemos decir que formaban todos ellos en las filas del cuarto estado, de ese estado en que, según los sociólogos radica el germen del *demos* futuro, y el cual, a creer a los propagandistas republicanos —falaces como sirenas con chaqué—, es lo único sano que aquí queda desde el tratado de París. ¡Ese estado social que paga las cédulas con recargo y que profesa como sanos principios de su moral educativa, el odio a Lacierva y el desprecio a los discursos de Moret!

Estamos en los últimos días de Agosto; sobre la heroica villa cae una mansa lluvia de fuego que ahoga en flor las mejores intenciones y mantiene las calles semidesiertas a pesar de ser las once de la mañana; por ellas no transitan más que aquellos forzados del quehacer que no tienen más remedio que hacerlo, y de cuando en vez cruza raudo por el arroyo un coche de dos caballos que, huyendo de aquella lluvia de plomo, guarda en su interior al ministro de Marina o al Nuncio de Su Santidad.

Trasladémonos con la imaginación a la casa de la calle de Segovia: el portal y la entrada, mezquinos y sucios, desmienten el aspecto de grandeza que la finca ofrece por fuera; al fondo hay una puerta que comunica con el gran patio interior y en el quicio de ella el portero, ¡lagarto, lagarto!, lee trabajosamente *El Universo*, mientras de reojo lanza miradas escamonas a los corrillos de vecinos que cuchichean en mangas de camisa.

Hay revuelo en la vecindad: revuelo justificado y vengador que, como todas las grandes tragedias, comienza mansamente, blandamente... Los revolucionarios del pasado siglo y los demócratas del actual se muestran satisfechos y orgullosos porque, según ellos, han acabado con todas las tiranías, en su inconsciencia paradisíaca llegan a suponer que desde que se gritó aquello de *¡abajo las cadenas!*, este mundo es un edén, y el círculo de la calle del Horno de la Mata es un Eldorado con cantina. ¡Ah! Error funesto—como dice Emiliano Iglesias—: ellos han derrocado tronos, han pulverizado altares, han llevado a la liquidación a las históricas teogonías, han cerrado tiendas y han encarecido el aguardiente; pero de esta *debacle* de todo lo caduco ha sabido salvarse—no se sabe porqué fuerza oculta—la más espantosa, la más voraz, la más salvaje de las tiranías, representada por el más insaciable, el más monstruoso, el más espantable de los tiranos: el casero.

Sí; hoy día no se venden los negros de Africa como fardos de bacalao, ni se encierran en las mazmorras de Argel a los creyentes de carne blanca; pero por medio del contrato de inquilinato se vende el inquilino en cuerpo y alma y en la mayor parte de los casos se obliga a vivir en una mazmorra para llegar a la cual hay que subir a pulso setecientos treinta y seis escalones, y a donde el agua llega en suspiros y el aire en ráfagas tardías. Con el desahucio tiene el casero su inquisición, y con la retención—llamémosla así, por no llamarla con su verdadero nombre—de la fianza, tiene el botín de la victoria que el desahucio le proporciona... Sí; pensando en ello surge ante los ojos una visión profética del porvenir en las edades futuras, conquistada ya por el pueblo la suma conciencia de sus de

rechos, la grande, la tremenda, la definitiva revolución ha de hacerse al grito de «¡Abajo los caseros!»

Perdona, lector, estas divagaciones; Cavour ha dicho que divagar es filosofar; si yo, ahora, me he atrevido a colocarte esos parrafitos bañados en vibrante indignación, es porque hace tiempo que se me estaban pudriendo en las entrañas y he querido, haciendo obra justiciera, desahogar mi conciencia en esos aullidos a lo *Casandra*.

Don Antero Muñoz llegaba al refinamiento en la crueldad con que trataba a sus inquilinos: todas las tretas, artimañas y jugarretas que el resto de los caseros de la corte emplean para el mejor lucro de sus fincas, las había él sublimado con travesura monjil, y todos los vejámenes, molestias e imposiciones con que los propietarios zahieren a los inquilinos, había sabido perfeccionarlos el falaz don Antero, arpía de la propiedad y sierpe policéfala de los recibos.

En primer lugar, en la casa de la calle de Segovia—que quizá con el tiempo pase a ser histórica—, la cobranza del alquiler se verificaba de un modo original: todos los días segundos de cada mes, a las diez de la mañana, el repugnante portero, de quien más arriba hemos hecho mención, se colocaba en el centro del patio con un manojo de recibos en la mano izquierda, y, blandiendo en la derecha una tortuosa caracola de mar—extraída del proceloso Manzanares—, daba con ella tres toques fatídicos que recordaban los de Sigfredo después de su primer disgusto con Brunilda. Se producía en la vecindad un revuelo espantoso: había carreras por los pasillos y abrir y cerrar de muebles en el interior de las habitaciones; sonaban las monedas en tintineo infernal y, cinco minutos más tarde, los noventa y seis cabezas de las noventa y seis familias que en la casa moraban, se constituían formando cola en el patio, y allí, con resignación borreguil, iban desfilando ante el portero, entregando en sus manos el precio expoliador de unas zahurdas bochornosas. ¡Era la explotación hermanada con el vejámen, la socaliña amasada con la esclavitud! En las tres horas largas que duraba la operación del cobro, ocurrían escenas desgarrantes: como algunos de los cabezas de familia pertenecían al sexo femenino, acontecía que la larga espera llenaba de impaciencia sus pechos domésticos, ante el temor—harto fundado en ocasiones—de que las judías que habían quedado a la lumbre acabasen por lesionarse, o la criatura de tierna edad—más tierna que las judías—decidiese zambullirse en el cocio de lejía, junto al cual había quedado jugando... Y era lo triste del caso que, a las veces, se expendía triunfante por el patio un oriental olor a potaje pegado o una sentimental llorina infantil, delatora de que la *perra* clásica había hecho presa en un vástago de pocos meses; era entonces de ver y de oir el gesto y la gritería de la hembra que de modo tal veía cumplirse sus predicciones; revivía en ella la maja de rumbo, y sus imprecaciones abarcaban todo lo existente, desde la persona del casero al Consejo de Estado, desde la institución del inquilinato al Ayuntamiento... Pero nada de separarse de la cola: la persona que no estuviese presente al ser llamada por el portero era considerada como moroso, y ya sabían todos las terribles consecuencias que esto traía.

Pero no era esta sola la molestia que la dictadura de don Antero imponía a sus súbditos: ellos habían de barrer a diario el trozo de escalera más próximo a su vivienda; ellos habían de proceder a la limpieza de ciertos pozos innombrables, cuando llegase la época de hacerla, y ellos eran los encargados de colgar y alumbrar los trozos de la fachada respectivos el día de San Antero, fiesta onomástica del voraz tirano. En época de elecciones, ¡no hay que decirlo!, los vecinos de la casa de la calle de Segovia habían de votar el candidato que don Antero les recomendase, y su abuso despótico llegó a tales extremos que, militando él en las filas políticas del marqués de Pidal, había ordenado a sus inquilinos, un día en que se celebraba en la Castellana una imponente manifestación radical, que organizasen una de contraprotesta en el barrio, deambulando repetidas veces desde el puente de Segovia a la calle del Rollo, al grito vigoroso de «¡Abajo Sol y Ortega! ¡Viva la ley de Administración local!...» Menos mal que los ve-

cinos tomaron a guasa lo de la contraprotesta, y la tal manifestación resultó una juerga que dejó memoria en los anales del distrito; pero ello no impidió que *la buena Prensa* despojase de su verdadero carácter a aquella cuchipanda y la hiciese aparecer como un triunfo de los amantes del orden en el corazón mismo del pueblo.

Animado con ello don Antero, y creyendo ilimitada la mansedumbre de sus inquilinos, quiso hacer una prueba, que por esta vez salióle fallida: gran amigo de un influyente personaje del partido conservador, convidóle un día a cenar en su casa, anunciándole que para los postres recibiría una grata sorpresa. Consistía ésta en una serenata que, bajo sus balcones, vendrían a dar todos los habitantes de ambos sexos de la casa de la calle de Segovia; para organizar el acto había comisionado al portero; pero éste, sea porque los vecinos estuviesen ya hartos de tanto despotismo, sea porque el personaje a quien debían obsequiar gozaba de una impopularidad sólo comparable a la de Calomarde, obtuvo la más profunda negativa del vecindario en masa, que, con voz enronquecida, echó aquella noche los cimientos de su independencia al negarse por primera vez a ser juguete de los caprichos del sátrapa. Así lo comprendió el portero, y el comprenderlo fué la causa de que no se atreviese a ir aquel mismo día a informar a su señor de la negativa de los inquilinos, dejaría para el día siguiente el darle cuenta de lo ocurrido, y, como aquella misma noche se celebraba el festín, don Antero—que había tomado la ausencia del portero como signo de que no había dificultades—esperó pacientemente en el balcón principal de su casa a que llegase el momento en que habían de asomar por la punta de la calle los primeros músicos y orfeonistas. Grande fué la plancha cuando vió que iban pasando las horas y que a la una y cuarto de la madrugada no había aparecido nadie en la vía, a no ser el sereno, cuatro transeuntes ebrios y tal cual ave de la noche, con boa y peinetas de vidrio que, al ver a los dos viejos en el balcón, se aprovechaba de la soledad de la calle para dirigirles invitaciones en un todo reñidas con los principios morales del partido a que ambos pertenecían... La velada, a falta de otra cosa, hubo de terminar entre los dos con una luminosa discusión sobre el impuesto de Consumos, en la que don Antero llevó la peor parte.

Hemos dicho más arriba que la negativa de los vecinos del inmueble de la calle de Segovia a formar con sus voces y con sus instrumentos el coro angélico que matizase los postres del festín de don Antero, fué algo así como el grito de independencia lanzado por cuatrocientas criaturas, hartas de tolerar el *ominoso yugo* del feroz tirano: justo será decir que el alma de ese grito, el promotor de aquel alzamiento, el Masaniello de aquella Nápoles sublevada, era el señor Ramón, casquero de oficio y sociólogo por temperamento.

Este ilustre rebelde era el vecino más antiguo de la casa, y habitaba en compañía de su sobrina Donata, en el piso segundo de la finca, pasillo B, letra X. En aquella heteróclita comunidad representaba el señor Ramón el espíritu de protesta que él había sabido cultivar amorosamente en sus treinta años de hombre *conscio*—como él se llamaba—, por medio de las lecturas de la casa Maucci y gracias a su amistad profunda con el señor Fischer, el prestigioso concejal, en el tupi frontero al teatro de Novedades tenía establecida nuestro hombre su cátedra de redención social, y era de ver cómo allí, rodeado de un círculo de adoradores que pagaban por turno el café y el cognac del maestro, derramaba a raudales su verbo castizo, matizado de interjecciones colectivistas, pulverizando todas las siestas el régimen social en que nos desenvolvemos, gracias a la cobardía de los más.

El señor Ramón tenía dos enemigos personajes e irreductibles: el derecho de propiedad y el amoniaco; en su frente y en sus ojos, en algo irreal que fulguraba por todo su ser, había un brillo extraño de rencor cuando hablaba de cualquiera de aquellas dos plagas. ¡Ese brillo diabólico y genial que ha aureolado siempre la figura de todos los grandes redentores de pueblos, desde Carlos Max hasta Perezagua!

Consecuente con sus ideas, nuestro amigo practicaba el amor libre; no sólo con su sobrina Donata—salvaje belleza de atractivos inenarrables—, sino con algunas otras hembras de la vecindad seducidas por el prestigio del apóstol y por el brío del hombre que tomaba a las mujeres como quien toma una barricada. Más de una noche fué sorprendido en los pasillos de la casa, golpeando cauteloso a la puerta de las más virtuosas de las vecinas, a quienes demandaba en nombre de la idea y del progreso social, que prestasen acogida por aquella noche al germen propagador que él representaba; y en más de dos ocasiones tuvo que salir huyendo ante el arribo impensado del marido, a quien pensaba vacunar de ideas nuevas, dando al aire, en el silencio de la noche, el fulgor de sus ropas menores y el fracaso temporal de su programa redentor.

Pero estos incidentes no amenguaban en lo más mínimo la autoridad de que el señor Ramón gozaba entre sus compañeros de vivienda; a pesar de sus frecuentes reyertas con el portero—en quien él veía con razón el representante de la tiranía—, y a pesar de las sangrientas burlas de que hacía objeto al vecino más importante de la casa, que era un cura de San Andrés; que en uno de los principales vivía, el señor Ramón era inconmovible, era un prestigio, y ya se sabe que a los prestigios no hay quien los eche, ni de la casa en que viven ni de las Direcciones generales.

Oigamos, por lo que pueda convenir, el diálogo que nuestro héroe sostiene con tres de sus discípulos predilectos, tres días más tarde del incidente de la fracasada serenata.

—Si que era de ver el berrinche de don Antero cuando supo nuestra *actitud*.

—Le picó, ¿eh?

—¡Anda! Lo que él no sabía entonces es que aquella negativa, que no fué más que un *impulsio* de nuestra *dignidad* ajada, se iba a convertir muy pronto en la más *impacable de las hostilidades*, que dijo el otro.

—Pero ahora ya sabrá...

—De cabo a rabo; como que iban a dejar de ir con el cuento el sopleta ese del portero y el inflasogas del curita.

—Ah, ¿también ese?

—A ver que vida... La *reación* que nos avasalla.

—Pues a ese célibe le va a oler la corona a garrotazo como se descuide

—Dejadme a mí que *tóo* se andará cuando llegue la hora.

—Pero ¿usted cree que llegará?

—*Ties* gracia tú, Acisclo... ¡Qué duda *quepe* que ha de llegar! Pero ¿es que *sus creís, ¡so daudilis!* que este régimen de opresión va a ser eterno?... ¿De dónde? ¿Es que me he pasao ya doce años—los más *floridos* de mi vida—predicando la catástrofe burguesa, gara que ahora venga el baboso de don Antero a ponerme la pezuña encima, y a quererme coger la mano con la puerta?

—Pero ¿es que nos la *quié* coger?

—Es un digamos.

—¡Pues que nos las coja!

—Callar, chotos, que no sabéis lo que mamais. Lo que está pasando en esta casa es algo simbólico.

—¿Cómo?

—No hay más que ver: la plutocracia, que es don Antero, *alia* con la *reación* que es el cura ese, a quien me voy a dar el gustazo de bañar en el Niágara

con ropa y *tóo*: ¿no es esto, en pequeño lo que esta pasando en España?... ¡Pues entonces!...

El auditorio calla, pensativo; el portero, a quien algo llega de lo que están hablando en el patio, suspende a trozos la lectura de *El Universo* para lanzar al corro un rayo con la mirada; el señor Ramón, como reto gallardo, se limpia la frente con el revés de la manga izquierda y escupe violento en dirección a la portería... Hay una pausa sanguinea... El corro que rodea al orador se ha ampliado, y en él, los cinco organilleros que viven colectivistamente en el sotabanco H. pasillo 2, dan la nota amena y colorista... Uno de ellos—el más seductor—se tima libertariamente con la Donata, que, a la sazón, con los brazos al aire y la ebúrnea pechuga prometedora, cuelga sobre el barandal de un pasillo alto la camiseta de gala de su tío y redentor el señor Ramón.

En estas estamos cuando un joven de aspecto sirviente, que acaba de entrar en la casa, se dirige al portero y pone en sus manos un abultado sobre, diciéndole de paso:

—Tome usted, señor Cebrián: ésto, de parte de don Antero... y que procure usted fijarlo en seguida.

Vase el joven, y el repugnante cancerbero, dando vueltas en sus manos al paquete, sonríe como una hiena y dirige al grupo de vecinos, en cuyo centro perora el señor Ramón, una de esas miradas inquisitoriales cuyo secreto sólo poseen los porteros y los traidores de melodrama. Rasga el sobre, y apenas ha comenzado a leer, lanza un rugido de ebria satisfacción; después entra en la portería, y tomando de una alacena un bote de engrudo, con su brocha correspondiente, se dirige ufano al patio, sin soltar el papel misterioso que don Antero le acaba de remitir.

En el patio, a estas horas, está casi toda la vecindad: Donata, terminada su tarea allá arriba, ha bajado, y, en un rincón, dialoga misteriosa con el organillero de marras, mientras la señá Rosario—mujer de un cabo del resguardo—, que hace tiempo tiene puestos los ojos en el *biscuit* del chico del manubrio, rabia de celos aparte, al pie de la escalera, dando de tiempo en tiempo unos suspiros arcaicos que conmueven su carne jamona; la Raimunda y su cuñada Atilana, sentadas *al bís*, se entretienen en quitar las plumas a un soberbio capón recién fallecido, con objeto de epatar un poco a los vecinos, haciéndoles ver que en su mesa no faltan los manjares escogidos; entre los más próximos surge la guasa con motivo del desplumen del ave, y las buenas señoras tienen que aguantar las bromas de los más áticos, que, en sus dichos, no dejan de hermanar al capón sabroso con el marido de la Raimunda, concienzudo empleado de la sociedad de pompas fúnebres. El sastre del entresuelo-centro da el último toque a los fondillos de unos pantalones veteranos, mientras, coreado por sus siete oficialas, ejecuta a todo pulmón los cuplés del *Pal-pa-lá.* Tomasa, Isabel y Teudisela, las tres prestigiosas vendedoras de hortaliza que tienen establecido su *magazine* al aire libre en la calle de la Ruda, entran ahora en el patio, de vuelta del trabajo, armando un cierto revuelo con sus cestos, que chorrean verdura, y con sus quejas de rompe y rasga, por la escasez de la venta... Uno de los compañeros del novio de Donata se acerca a la Teudisela, y antes de que haya dejado en el suelo su preciosa carga, le exige la entrega de algo que, por lo visto, debe ser normal y diario:

—Vamos, niña, que es tarde y me esperan en *Naranjeros*.

—Sí; pues lo que es hoy, como no te dé dinero, Cobián...

—Oye tú, sublevaciones, no—dice el galán, a tiempo que alza una mano en la atmósfera.

—Oye tú, alzamientos a su señora madre, ¿te enteras?

La bronca va a estallar, cuando la Menandra, la prendera del tercero, interviene, medio guasona, medio arbitral:

—Qué, Teudis, ¿se vende mucha berza?

—Lo que se vende es mucha almeja en remojo, ¿sabes?

—¡Ay, hija, qué súpita! Lo del remojo no lo dirás por mí, ¿verdad?

—No, alma mía; lo digo por tu novio, a quien a estas horas ya deben haber puesto en remojo los guardias que le llevan a la *Comi.*

—¿A quién? ¿A mi Pacomio?... Falso... impostura... apócrifo...

—¡Pobrecito! Creo que no se trata más que de un reloj, con colgante y todo

—¡Jesús!... ¿No le habrás confundido con otro?

—Sí; con el obispo de Sión.

En el patio había sabor clásico; se respiraba allí tufo de novela picaresca al mismo tiempo que un fuerte olor a buñuelos achurrados, que emanaba de la habitación que en el principal ocupaba doña Sílice, distinguida pensionista. La raigambre castiza del pueblo estaba allí, entre gritos, canciones, olor a hortalizas y a basura, rascando al sol vengativo de Agosto la costra de sus miserias y dando al aire sus penas y alegrías, para inspiración de nuestros más fecundos sainetes.

Por entre aquel trozo de novela cervantina cruzó, majestuoso, el portero, con el mismo aire solemnemente idiota del que va a realizar algo definitivo, y ¡vaya si era definitivo lo que el señor Cebrián iba a realizar! Llegó al fondo del patio, y deteniéndose ante un trozo de madera, que, clavado en la pared había, sacó la brocha del engrudo e impregnó con ella el citado trozo; después cogió el papel que en la mano derecha llevaba, y tornándolo a leer, para mayor recreo de su espíritu, lo fijó sobre la capa de engrudo, aplastándolo con las dos manos.

¡Ya estaba aplastada la hidra! Tornó al centro del patio, mirando a todos los vecinos con los mismos ojos de compasión despectiva con que un déspota miraría a las cien víctimas condenadas a muerte; nadie había parado mientes en la maniobra del portero; así es que éste pudo llegar impasible al mismo grupo, formado por el auditorio del señor Ramón, y agregarse a él como un oyente más.

—Porque todo el mundo sabe—decía a la sazón el tribuno—que de todas las formas que de ordinario se viste la tiranía burguesa la más repugnante es la del casero. Porque, ¿qué es el casero?...—*Pausa preñada de ignorancias*—. Todo el mundo lo sabe...—*Protestas:* No, no, nosotros no lo sabemos—. Bueno, pues yo os lo diré; *pa* eso no es menester que prorrumpáis en rebuznos... El casero es el *vámpiro* de las clases proletarias, que se nutre de nuestra sangre, vulgo alquileres, y que, después de habérnosla chupado a mansalva, se queda con nuestra carne, que es la fianza, al llegar la hora de la muerte, que es el desahucio.—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Tu madre! ¡Es mucho tío! ¡Que se escriban esas palabras! ¡Que se publiquen en la Prensa!

—Yo no sé en qué se funda eso de que porque yo viva aquí o en el puente de Vallecas, tenga que darle *tóos* los meses una *cantidaz* a un tío que dice que si es el dueño, y que si la propiedad... y que si la contribución, y que si fué y que si vino. ¿Qué es eso de la propiedad, y de la contribución, y del dueño? Palabras que repugnan a la conciencia humana...—*¡Olé!*—Conceptos injuriosos que no tendrán razón de ser el día en que la humanidad deje de ir como va hoy: en paños menores. Se comprende que al propietario de la casa en que uno habita se le guarden ciertas atenciones, porque la educación no está excluída del programa libertario; por ejemplo, tener su retrato a la cabecera de la cama; convidarle a tranvía, si llega la ocasión; organizar una verbena aquí, en el patio, el día de su onomástica... *tôo* eso está bien; pero darle unas pesetas *tóos* los meses *pa* que él las malgaste en *orgías* o las regale a algún convento... ¿de donde?... ¿Pues es que esas pesetas no son carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre?... ¡Y vamos a consentir que nos quiten una y otra?

—¡No, no! ¡En jamás!...

—Pues para evitarlo no hay más que un remedio.

—¿El *cualo*?

—La unión, el tanteo de unos con otros; que *tóos* los vecinos sean uno solo, ese uno sea yo. Confiad en mí: entregadme vuestra confianza, entregadme la lave de vuestra habitación...

—¿También por la noché?

—Hablo moralmente; y cuando me hayáis entregado todo eso, yo os prometo conduciros a la victoria. Ya sabéis mi fórmula: el alquiler libre en el Estado libre.

—¡Eso! ¡eso!... Y abajo los recibos.

—¡Abajooo!...

A este punto del entusiasmo y del delirio llegaban las interrupciones de los oyentes del señor Ramón, cuando este, que se disponía a continuar su siembra de ideas, distinguió entre el auditorio el rostro repulsivo del portero, el cual, haciéndole con la una mano señas para que se acercase, le indicaba con la otra el sitio de la pared en que había quedado fijado el papel amenazador, al mismo tiempo que le decía lacónico:

—Entérese.

Tal socarronería y tal falacia se había visto reflejada en la cara del señor Cebrián, que el orador, con una de aquellas intuiciones maravillosas que constituían el cimiento de su carácter, comprendió de lo que se trataba:

—Vaya, *ukase* tenemos—dijo, dirigiéndose sonriente al auditorio, la mayoría del cual no comprendió lo que aquello quería decir.

El señor Ramón se abrió paso entre sus admiradores, y seguido de casi todos ellos, se dirigió al sitio que el portero le había indicado.

—Eran de esperar las represalias, no sabe ese vejete que nosotros estamos dispuestos a contestar a la guerra con la guerra. Y si él quiere apretar un poco las clavijas, peor para él; en este mismo patio le colgaremos de las patas y bailaremos, alrededor de su cuerpo, el garrotín comunista.

Con esto llegaron todos a donde el papelucho siniestro se ofrecía, y aunque iban con la mosca en la oreja, quedaron absortos ante el parto de la tiranía; decía así el histórico anuncio:

Por el presente, sin excusa ni dilación de ningún género, o todos los vecinos de la casa número... de la calle de Segovia, hago saber:

Que desde el día primero del próximo mes de Septiembre, todos los inquilinos de dicha casa, con la sola y única excepción del que ocupa el principal del centro, letra D, que lo es el sabio y virtuoso sacerdote don Timoteo Molluelo, honra y prez de la iglesia de San Andrés de esta corte, pagarán por alquiler de sus habitaciones respectivas, una cantidad igual al doble de lo que hasta el presente venían pagando. Sobre este extremo no se admitirán quejas ni reclamaciones de ningún género; bien entendido que, si alguno de los interesados, por no estar conforme con el precio que ahora, en uso de mi perfecto e indiscutible derecho, señalo a mis fincas, quiere abandonar éstas, habrá de resignarse a la pérdida completa de la fianza, por no haber avisado el cambio de domicilio con los ocho días de antelación que previene la legislación vigente.

Asimisno se hace saber a los vecinos de la citada casa que desde hoy quedan terminantemente prohibidos los clásicos corrillos al aire libre, que solían establecerse en el patio de la casa, por ser ellos, regún me informa el portero, semillero de ideas anarquizantes que en ningún modo estoy dispuesto a tolerar en mi propiedad, como no me guía propósito alguno tiránico, hago saber que los antedichos corrillos se permitirán en los meses de Diciembre a Marzo, y en las horas de una a cuatro de la madrugada.

Dado en mi casa de Madrid, Carrera de San Francisco, 56, a veintisiete de Agosto de 19...

Yo, ANTERO MUÑOZ.

Las grandes conmociones sociales empiezan siempre por una nonada; esta afirmación, que en mí ha hecho brotar la concienzuda lectura de más de quinientos tomos de Historia, no es verdad más que en apariencia; porque no es la nonada la causa eficiente de la conmoción, sino que ésta viene elaborándose por virtud de una serie de concausas mas o menos abstrusas en infraepidérmicas que al recibir el choque con la monada o pequeñez, explotan en realización, haciendo así que lo que no es más que causa ocasional o determinante, aparezca ante las mentes abstrusas como verdadera *ratio efficiens* del hecho que estudiamos...

Después de este párrafo, que no desdeñaría firmar y cobrar cualquier miembro del Instituto de Reformas Sociales, yo no debiera seguir adelante, porque es difícil que, en lo que me resta por decir hasta que esta narración finalice, pueda contenerse nada da tanta substancia como la que se encierra en las líneas que anteceden.

En los pueblos como en los individuos—¡ejem, ejem!—, lo infinitamente pequeño determina, casi siempre, lo infinitameute grande, sobre todo cuando, como dice el vulgo, el horno está caldeado y sólo espera que se le arroje masa para convertirla en libreta o francesilla. Recordemos, a este propósito, la frase inmortal de Hobbes; *¿Què es un pueblo más que una casa de vecindad?* Y como todas estas frases célebres pueden perfectamente volverse del revés sin que padezca su grandeza y hermosura, nosotros diremos ahora: *¿Qué es una casa de vecindad más que un pueblo?*

Sabiendo esto así, no puede haber inconveniente alguno en que afirmemos que la casa que don Antero Muñoz poseía en la calle de Segovia, era un verdadero pueblo; ya el lector habrá comprendido a dónde vamos a parar, aunque, cuando la pluma se aficiona a la divagación de esta suerte, es muy difícil prever dónde irá a parar todo ello. Después de la lectura del *ukase* que el propietario había remitido al portero para su fijación, aquella casa era un pueblo sublevado, un pueblo que ¡por fin! cree llegada la hora de la liberación, esa hora de que tanto se habla en los mítines y que nadie sabe en qué reloj ha de sonar.

Ya tenemos aquí, pues, la pequeñez, la nonada que ha de producir la grande, la estupenda conflagración; y no porque el aumento hasta el doble de los alquileres sea una pequeñez, no, ¡qué caramba!, sino porque este mismo aumento, en otras circunstancias y hecho público en otra forma, no hubiera llevado a los honrados vecinos de la casa de la calle de Segovia a los heroicos extremos a que a la sazón les llevó, como verá el curioso lector que tenga ánimo y paciencia para seguir adelante. Es que aquella comunidad estaba capacitada, es que el fruto estaba en sazón.

El primer impulso de todos, al leer el cúmulo de afrentas que en aquel papelucho se les infería, fué un impulso iracundo, como todos los primeros impulsos; pero bien pronto el fondo jocundo y de algazara que hay en lo profundo del alma popular, conforme se baja, a mano izquierda, hizo irrupción en los pechos de aquellos héroes, y surgió la chunga, esa compañera inseparable de todos los comienzos de revolución y de casi todas las sesiones del Municipio.

—«Papeles son papeles»...—comenzaron a cantar las vendedoras de hortaliza, que fueron las primeras en acudir a la lectura del inmundo decreto.

—Bueno, hombre; esto marcha—dijo a voces el señor Ramón—; miren ustedes por dónde nos ha tocao un tirano idiota... Y el curita queda fuera de colada, ¿eh? Mé alegro ¡reconco! ¡vive mi madre que me alegro! Ahora sí que vamos a jugar limpio.

—¡Ay, qué gracia, chica! que nos lo suben—dijo riendo la Genoveva, mujer del sereno del puente de Toledo y hembra que cultivaba el descoco como una virtud excelsa.

—¿Que es lo que nos suben, tú?—gorgeó la Donata, aún en ayunas de lo que ocurría.

—¡El pavo! digo yo que será, porque lo que es el alquiler... ¡qué festivo es el casero!

Entre las burlas y dicharachos circulaba el embrión de la tragedia; el portero se había refugiado en la perrera, que así llamaba el señor Ramón al cuchitril que servía de portería, y la jocosa indignación de aquella muchedumbre airada tardó bien poco en concretarse en un acuerdo que honraba por igual al cerebro que lo concibiera y a los sujetos que se encargaron de realizarlo; uno de los organilleros llamó a capítulo a sus compañeros, y bien pronto, del almacén de la calle del Almendro, llegaron al patio dos soberbios organillos, instrumento, en ese caso, de tortura para la tiranía... porque desde luego—y entre frenéticas ovaciones de lo masa—empezaron a lanzar al aire las solemnes notas de *La Marsellesa, El Trágala, El himno de Riego, La Internacional, La corte de Faraón* y demás piezas subversivas.

Al arrullo de la música, toda prestigios, se fueron formando inconscientes las parejas; bien pronto el patio entero fué una academia de baile, y el solemne circular de tanto socio, apegado al calor de su socia respectiva, tenía algo de simbólico bajo el sol; aquella danza solemne, nacida al calor de la más ardorosa de las pretestas, y que semejaba a la perfección uno de aquellos actos del rito oriental en que sacerdotes y pueblo bailan en torno al becerro índico, era algo así como la consagracion excelsa de la más grande de les rebeldías; cuando el pueblo baila, los tiranos se estremecen; cuando suenan cánticos de amenaza, los despotismos se bambolean. ¡Por encima de la majestad de aquel patio danzarin había un aliento de trágica liberación!

Muy cerca de las cuatro de la tarde terminó la cuchipanda, más por cansancio de los que tocaban y bailaban que por falta de ganas de su continuación.

Por iniciativa del señor Ramón, aquella misma tarde quedó organizada la casa en franca actitud de rebeldía; faltaban siete días para el cobro de los alquileres, pero habia que empezar la resistencia aquella misma tarde, de este modo podía ocurrir que el casero, amedrentado ante la actitud de los vecinos, modificase su propósito, y si así no ocurría al llegar el momento del cobro, se apelaria a todo.

—¿Lo entendéis bien? *A todo*—y al rugir esto, el señor Ramón ponía rostro de hiena y arrojaba por la boca espumarajos vengadores, a tiempo que pedía al vecino más próximo un cigarro de cuarenta y cinco.

Por lo pronto, ¿qué era lo que con más rigor estaba prohibido dentro de la finca? Arrojar basuras al patio. Bueno, pues desde aquella misma tarde, todos cuantos *detritus* se produjeran en el interior de las habjtaciones—de cualquier clase y sexo que fuesen—serían arrojados al patio de un modo violento, y, a poder se, aprovechando el paso del portero.

Respecto a la draconana disposición contenida en el bando de don Antero, relativa a la suspensión de los corrillos al aire libre, aquella misma noche todos los vecinos de la casa cenarían en el patio, para demostrar así, con la fuerza de la convicción y de las tajadas de sandía, que se ciscaban bonitamente en cuantas disposiciones quisiera tomar el hasta entonces tirano.

Todo ello, sin contar con los mil dicterios y burlas que de pasillo a pasillo se cruzaban, y con las canciones alusivas que casi sin cesar rasgaban el aire, preñado de augurios amenazadores. Cuando, aquella tarde, salió el señor Ramón acompañado de sus discípulos para dirigirse al tupi, donde daba cátedra diaria, tuvo un rasgo demoledor al pasar frente a la portería; hay que advertir que, de ordinario, y según costumbre en él muy arraigada, siempre que entraba o salía en la casa, daba, a todo pulmón, un «¡Viva la acracia!» junto al cubil del portero, queriendo así probar el firme arraigo de su convicción y el irreductible tremolar de su protesta, lo mismo hacía los días del cobro del alquiler, al poner en manos del

señor Cebrián el estipendio de su habitación. Pues bien, hoy, los vivas fueron más estentóreos, y coreados además por los discipulos, y a más, cuadrándose a lo Gambetta, en el centro de la entrada, dijo con tono solemne y ademán tribunicio:

—Esclavo: ve y di a tu amo que aquí hay cuatrocientas personas dispuestas a comerle los hígados.

Estas frases espartanas, dirigidas al portero, fueron el comienzo de una ovación formidable; el héroe salió a la calle con el mismo continente adoptado por Napoleón al dejar la isla de Elba y la admiración estruendosa de la masa le acompañó hasta Puerta de Moros.

Se avecinaban días sangrientos. Ya en la mañana del 29, habiendo asomado la nariz al patio el señor cura de San Andrés, un vecino dió la voz de alarma, y el traidor inquilino hubo de refugiarse más que de prisa en su habitación, sobre cuya puerta no tardó en caer una lluvia de piedras vengadoras, varias de las cuales hicieron añicos el cristal del montante, como horas antes habían hecho pasar a mejor vida, la vidriera que cubría la entrada de la portería.

En el aire se espesaba la tragedia; el suelo del patio parecía un tapiz deshilachado sobre cuya trama hubiese caido el agua a torrentes, tal era el cúmulo de basuras e inmundicias de todo género que los vecinos habían depositado en él, que resultaba dificil la circulación, y en el aire había ese tufo especial que forma la hortaliza corrompida y que tanto deleita la pituitaria de los vecinos de la calle de la Ruda.

En medio de aquel enrarecimiento prosaico, florecía el lirio poético de una pasión amorosa: la que Donata había concebido por Basiliso el organillero, sólo comparable en su fuerza volcánica a la que Basiliso había concebido por Donata. Esta Donata no tenía a la sazón más que diez y nueve años, pero por su desarrollo corpóreo y su desparpajo, parecía tener treinta; sin ser gorda—porque sería injusto catalogarla entre las victimas de la obesidad—, tenía una armazón tan hercúleo en el pecho y las caderas, que era, sin disputa, la hembra más fuerte de la vecindad, y también la más guapa y apetitosa. Obligada a su tío por vínculos inconfesables, buscaba la chica de vez en cuando variación a sus jolgorios y practicaba un comunismo amoroso, fiel reflejo de las predicaciones de su pariente. Este, empeñado de continuo en más altas empresas redentoras, hacía poco caso de los devaneos libertarios de su compañera y sobrina.

Basiliso era, por ahora, el preferido de la muchacha, sin más razón que su fealdad viscosa y una caída de ojos tradicional, que había poblado de víctimas femeninas los merenderos de Amaniel y Bellas Vistas. El estado actual de trifulca en que la casa se hallaba, servía a maravilla los deseos de ambos tórtolos, pues al revuelo de un jollín o de una pelea, sabían ellos perderse por los rincones, en busca de algo que no se hacía esperar más tiempo que el que ellos querían, por refinamiento rebuscado.

En la propia casa de ella se veían, con frecuencia, delante de todos, ya que la habitación del señor Román era, en la actualidad, el centro de la conspiración, la oficina reguladora del movimiento insurreccional, y a ella acudían los vecinos más levantiscos, en busca del santo y seña diario; en aquel cuarto, que gozaba de un diminuto ventanal abierto sobre un solar vecino, había una mezcla de unción religiosa y de aroma de aguardiente; sobre la mesa que servía de bufete al dueño—una mesa de palo de campeche que a duras penas podía saberse de qué pie cojeaba, ya que cada día lo hacía de uno distinto— había dos retratos auténticos: el

de don Antonio Maura y el de don Próspero Bakounine. El primero, para execrarlo y maldecirlo; el segundo, para adorarlo de rodillas; así, por lo menos explicab a el señor Ramón la presencia en su casa de aquellas dos efigies, cuando algún curioso importuno le llamaba la atención sobre la claudicación aparente.

No se daba un paso sin consultarlo con el señor Ramón; y este, con manifiesta habilidad, iba conduciendo los actos de todos al mejor suceso de la explosión final, manteniendo, entretanto, vivo y candente el fuego de la indignación del vecindario; se pedían consejos, se daban órdenes, todas ellas conducentes a mantener la algarada y el motín, y, entretanto, Basiliso—que para pasarse el día dentro de la casa, fingía ser el más revolucionario de todos—iba y venía por las cuatro habitaciones de que constaba el mechinal, obedeciendo a los convenidos requerimientos de Donata:

—Basiliso, ven, que me vas a ayudar a llevar este baul a la cocina... Basiliso, haz el favor, que vamos a llevar la americana de mi tío a la alcoba.

Y así, con pretextos especiosos, se perdian los dos en aquellos cuartuchos, grandes como nueces, entre la tácita tolerancia de los conjurados, que optaban por encasquetarse la gorra o el sombrero ante el temor de otros encasquetamientos forzosos... Mientras, el señor Ramón—como Moisés en el Sinaí—alzaba los ojos al cielo, continuando la serena organización de la protesta.

Transcurrieron dos días más, llegando con esto el primero de Septiembre: la fecha luctuosa se aproximaba. En aquellos dos días nada saliente había ocurrido: la rebeldía se mantuvo con la más franca inobservancia de cuantos preceptos tenía formulados don Antero para el régimen interior de su finca; los vecinos—en cuanto caía un poco el sol—, podía decirse que vivían en el patio; se cenaba allí todas las noches, y los cánticos y danzas se prolongaban hasta bien entrada la madrugada.

En la tarde del día anterior tuvo don Antero cabal noticia de todo lo que en la casa venía ocurriendo desde el día 27; hasta entonces no se había atrevido el portero a decirle la verdad franca: le habló, sí, de *malestar, de ciertas quejas de la actitud algo levantisca del señor Ramón*, pero teniendo buen cuidado de callar todo lo demás, ante la esperanza de que al final se aquietasen los ánimos. El repugnante cancerbero quería hacer pasar lo que era una formidable rebelión, por un tímido movimiento de protesta, y solo hoy, al ver que con los días iban creciendo las dificultades, se decidió a confesar a su amo toda la verdad, como hacen en el último acto las mujeres livianas de la alta comedia.

El primer impulso de don Antero fué correr el mismo a la calle de Segovia y armado de un roten arcaico, meter en cintura por su propia mano a los cuatrocientos rebeldes... el despreciable vejete había medido mal sus fuerzas, y así hubo de comprenderlo ante las sensatas advertencias del portero, y, pensándolo mejor, decidió dar parte inmediatamente a la Comisaría del distrito.

Esta fué la causa de que al caer la tarde de aquel día se personasen en la casa de la calle de Segovia dos parejas de guardias de Seguridad acompañando a dos paisanos, que, a juzgar por el aire sabueso con que iban olfateando la atmósfera, debían ser dos *detectives* de la plaza de los Carros. El portero, con aquella hipocresía que era en él atávica, no quiso penetrar en el patio, y quedándose en medio de la entrada, dijo a la autoridad:

—Vean ustedes, vean ustedes lo que esos descamisados han hecho con la finca y díganme si no es razón que paren todos en la carcel esta misma noche.

—Veamos—dijo con acento absolutista el menos joven de los paisanos, penetrando decidido en el patio.

Pero fuese por la hora, fuese por el indudable prestigio del rayadillo de los guardias, ello es que los deseos vengativos de don Antero sufrieron la más cruel de las derrotas; la hora hizo que, siendo aquel el momento en que el día muere y en que la verdadera mujer del hogar empieza a pensar en el problema de la confección de la cena, las más de las vecinas estuviesen recluidas en sus cuartos, dialogando con unos pimientos rebeldes o con un gazpacho atrabiliario; era la

tregua diaria impuesta por el imperativo categórico del estomago, y en cuanto al prestigio indudable del rayadillo, él obró el milagro de que los pocos seres vivientes que por el patio había, guardasen silencio apenas entrevieron a los representantes del orden en la penumbra de la entrada. Así es que todo lo que los dignos funcionarios pudieron ver fué un patio un poco más sucio que los demás de las casas análogas, bañado en un silencio dignísimo, sólo turbado—allá en las alturas del sexto piso—por el litúrgico sonido del acordeón del maestro carpintero, que para más halagar a la autoridad comenzó a tocar con verdadera furia la *Marcha real fusilera*.

Algo mohinos salieron los policías viendo la sinrazón de la molestia que se les había inferido, y no queriendo callar, se encaró el que parecía jefe de ellos con el portero, y hubo de decirle estas frases:

—Bien hará su amo de usted en mirarse un poco más ántes de molestar a unos hombres que tienen misión más sagrada que cumplir que la de venir a inspeccionar una casa de vecindad en la que no ocurre nada digno de mención, a no ser la maestría de ese señor que tañe el acordeón.

—¡Cómo, señor!—exclamó todo confuso el portero—. ¡Que no ocurre nada!... ¿pero no han visto cómo está el suelo de ese patio, que parece el Abroñigal por lo infecto?

—Eso será culpa de usted en todo caso, que se ve que profesa a la escoba un odio arriano.

—¡Culpa mía!... Pero si es que el dueño de la finca tiene prohibido terminantemente que se arrojen basuras...

—¡Ah, mire! En cuanto a eso, dígale a su amo que evite las prohibiciones absurdas. Desde que el positivismo moderno, procreado por Augusto Compte, se difundió por las legislaciones civiles, es absurdo pretender sustentar un concepto de la propiedad, que ya Fitcher rechazaba. Yo no he notado en la casa nada anormal, a no ser un agradable olor a alcachofas rellenas, preñado de promesas alimenticias, de modo que no veo el porqué de la denuncia; la ley de enjuiciamiento civil no prevé este caso; pero si recordamos la teoría de Max Muller y la acertada exposición que de ella ha hecho don Federico Requejo, vendremos a parar en que la conducta de los vecinos de esta casa no ofrece materia alguna delictuosa, y que en ella no puede ni debe intervenir para nada la *acción coaccional* de que hablaba Miquis.

Se veía a todas luces que aquel hombre era un cultural; realizaba a maravilla el tipo perfecto que Lacierva concibiera al reorganizar la policía, dándonos un ejemplar maravilloso de espíritu inquieto que había buceado en las arideces del bachillerato. La razón de la sinrazón de los vecinos sublevados triunfaba sin condiciones, gracias al contente europeo de uno de estos *policemens*, que al conducir detenido a un sujeto van recitándole de memoria trozos de Carlyle, y al echar el guante a un asaltador de relojes van salmodiando estrofas de Salvador Rueda.

Salió a la calle la autoridad, y el portero quedó absorto en el no ser, presagiando en las para él incomprensibles palabras del policía derrotas funestas par su amo y señor.

La noche del 1.º de Septiembre se celebraba en el patio de la casa un comicio al aire libre, trascendental acto de una democracia que afirmaba sus derechos entre arengas a lo Demóstenes y rajas de sandía. Precisamente había comenzado aquella noche la feria de melones de las Vistillas, y al patío había llegado gran profusión de ellos, traídos en el regazo amoroso de los más espléndidos vecinos;

el local hervía entusiasmo y gentío; por la decisión y por el vigor de las conclusiones parecía aquello una asamblea de «La Joven España».

Presidía, ¿y cómo no?, el señor Ramón, e iban a adoptarse acuerdos gravísimos; al día siguiente, a las diez de la mañana, se verificaría el cobro del alquiler y era necesario oponerse a él por todos los medios... ¿Cuáles eran estos? En el estrado presidencial—formado por un baul y tres sillas, y colocado en el testero del fondo—corrían vientos demoledores; para evitar toda sospecha de soplonería se habían colocado guardias de vista en la portería y en la entrada de la habitación del cura de San Andrés; estos guardadores del secreto de la deliberación iban armados de sendos garrotes justicieros, y tenían la severísima consigna de no permitir que asomasen la nariz al patio los dos acusicas protervos.

Estaba en el uso de la palabra el sastre del entresuelo-centro, hombre débil si los hay y de una indecisión en sus decisiones capaz de agotar la paciencia del auditorio más inofensivo.

—Yo creo, compañeros—decía con voz atropellada—, que aquí lo importante es no pagar; de modo que con salirnos todos de paseo a las nueve de la mañana y no volver hasta la hora de comer, está todo arreglado.

—¡Fuera! ¡Fuera—rugió el concurso frenético. Intervino autoritario el presidente:

—La proposición del compañero Olivares es tan deleznable, que no merece n) que nos molestemos en oirla; se ve que no es tan fácil dirigir una masa rebelde como construir el forro de una americana o los reveses de un chaleco... El señor Olivares, que manejando la aguja *pué* que no tenga par en *toa* la calle de la Cruz, como conductor de muchedumbres, acaba de quedar a la altura del marqués de Vadillo.

Aplaudió ebria la masa; entre los finales ruidosos de la tormentosa oración se dejó oir una voz femenina con inflexiones de walkyria:

—¿Podemos hablar las hembras?

Una cosecha de vivas acogió aquella demanda tan pronto como la concurrencia se enteró de que la qué quería hablar era la Donata.

—El pueblo soberano acaba de contestar a esa pregunta antes de que yo pueda hacerlo; claro que pueden hablar, ¡a ver qué vida! En el programa libertario, las mujeres sirven *pa too*, y si esas mujeres son como la compañera Donata—y no es porque sea mi sobrina—*másime* más.

La aglomeración se dispuso a escuchar a la oradora, fijándose, más que en sus palabras, en los rítmicos movimientos que hacía su pechazo cada vez que la boca exhalaba un grito; para hacerse oir mejor, púsose de pie encima de la silla que ocupaba, sostenida a media pierna por Basiliso, en evitación de una caída; las portentosas caderas de la chica se alzaban reverendas sobre aquel mar de cabezas jadeantes de entusiasmo... pero *la tribuna* tenía poco que decir:

—Yo creo, amigos, que estamos perdiendo el tiempo; llevamos dos horas *reunios* y aquí no se oye mas que tonteras. ¿Tenemos o no tenemos confianza en el señor Ramón?...

—¡Sí, si!...

—Pues entonces vamos a darle un permiso *pa* que él diga lo que *s'ha d'hacer*, y lo que él diga, *s'hace*, y el que quiera hablar, que se vaya al Congreso: digo esto porque es algo tarde y hace mucho de sueño, y aquí, con estas apreturas, no hacemos más que excitarnos con *la calor* y tal... Que él diga lo que hay que hacer, y por lo que él diga pasamos *toos*, siempre *bajo la base*—la oradora imitaba en sus giros a cierto senador—de que el *menfis* ese del portero no entre mañana aquí como no sea *arrastrao*, y se coma uno por uno los recibos, si es que *quié* que nosotros se los paguemos.

—¡Pagaban!—chilló zumbona la masa, a tiempo que Donata, finalizada su disertación, se dejaba caer sobre la silla, limpiándose el sudor con el delantal.

Hablaba de nuevo el presidente:

—Compañeros: ¿estáis *acuerdes* con lo que acaba de proponer la señora?

—¡Sí, sí!...

—¿Queréis unánimes que sea yo el que diga la última palabra sobre lo que se ha de hacer mañana?

—¡Claro, hombre!... ¡Que la diga!

—Pues bien; propongo, con la mano sobre el pecho, y en nombre de la igualdad social que nos preside, que antes de disolvernos esta noche, juremos todos por la memoria de Kropotkine, no dejar que mañana penetre vivo en este patio el señor Cebrián el portero, aunque *pa* ello tengamos que derramar las *postrimeras* gotas de nuestra sangre.

—¡Juramooos!—gritaron al unis cuatrocientos pulmones, rasgando en amenaza sangrienta la silenciosa majestad de la noche.

—No os olvidéis de las gotas dichas...

—No, no, no...

—Pues se levanta la sesión.

Por acuerdo tácito fueron retirados hacia la pared los bancos y sillas en que se había instalado la concurrencia, y en el espacio que quedó libre comenzó la más desenfrenada orgía de que hacen mención las viejas historias: los cánticos, músicas, danzas y gritos se producían con tal violencia, que al oir aquello no podía menos de pensarse en las fiestas con que los salvajes del centro de Africa se preparan a la batalla. La Donata, la Didima, la Menandra, la Teudis y demás hembras del gremio de las apetitosas, pasaban de brazo en brazo para el chotis o la habanera, ofreciéndose a todos con una generosidad comunista.

Al día siguiente, es decir, después de unas horas, vendría el conflicto, el choque, la violencia, tal vez la muerte, y, sin embargo, aquella gente bailaba y reía y se dislocaba con una serenidad espartana y trágica. ¡Era la inconsciencia ante el peligro! ¡Era la danza ante la tumba! ¡¡Era la orgía al borde mismo de la muerte!!

¡La explosión! ¡El caos! ¡Lo inenarrable!

Lo esperado se presentaba con una violencia trágica que excedía a todas las predicciones; lo inesperado se mostraba con un empuje catastrófico que sólo al abismo podía conducir. A las siete de la mañana, la mitad más madrugadora del vecindario se encontraba en el patio, en ayunas y en mangas de camisa; no hay que decir que el señor Ramón estaba allí, faltaban tres horas para el momento fatal, y comenzó la construcción de las barricadas.

A toda prisa eran bajados los muebles más sólidos en brazos de sus propios dueños, que, con una abnegación de que no hay ejemplo, ofrecían las primicias de su ajuar en holocausto a la idea redentora; para ganar tiempo, los objetos que por su temperamento sufrido no podían cosechar daño alguno en la caída—colchones, almohadas, lonas de catre, etc.—, eran arrojados violentamente desde los barandales de los pasillos, en tanto que los otros más tiernos bajaban por su pie—digámoslo así—al suelo mismo donde iba a librarse la batalla cruenta.

En poco tiempo hubo un buen montón de ellos, que, sabiamente distribuídos por la pericia del señor Ramón y de sus más prácticos ayudantes, ofrecieron el primer reducto inexpugnable donde habían de estrellarse las impotencias de la tiranía: una amplia cómoda de seis cajones, flanqueada a derecha e izquierda por un tinajero merovingio y un armario de doble fondo, sustentaba sobre sus costillas el peso abrumador de una cama de matrimonio, que era a modo de almena secular de aquel torreón invencible; docena y media de sillas, admirablemente trabadas por los pies, servían de asiento al esqueleto de un catre que apretujaba entre sus remos la lana de un colchón de muelles, propiedad de la Raimunda y

su marido. El acordeón que dos días antes había contribuído a deponer las iras de la autoridad con su tocata cortesana, se ofrecía allí también al sacrificio sobre una mesa de noche, de cuyo interior—acaso por prisas excusables—emanaba un olorcillo poco culto, que contribuía a espesar el ambiente trágico que todo aquello iba tomando.

Por todas partes, en apiñamiento defensivo, se veían los objetos más íntimos y confidenciales: lebrillos, guitarras, vasos de mesa y de los otros, cestas vacuas, líos de ropa en desuso, sillones, mecedoras, tomos de poesías, guardachorizos, fiambreras, paraguas cesantes, biombos, toda la flora y la fauna de los menajes mejor provistos estaba allí, como ejemplo de lo que es un pueblo cuando le tocan a lo vivo y lo que es una vecindad cuando pretenden tocarle el alquiler.

Había rasgos de ternura inefable: Teudis, la prestigiosa vendedora de frutas, había comprado, hacía una semana, en el Rastro, un juego completo de cacerolas de amianto con el producto de un alijo de zanahorias, que ella y tres más habían realizado en el fielato del Puente de Toledo; pues bien, allí estaba la Teudis aquella mañana, ofreciendo el susodicho juego al señor Ramón, por si podía utilizarse como material de construcción de aquellas barricadas truculentas. Revivía la maja del Dos de Mayo en la pobre verdulera de la calle de la Ruda, y aquel espíritu femenino que el año ocho ofrendó su cuerpo a la muerte, del brazo de su chispero, venía ahora, encarnado en Teudis, a ofrecer a los organizadores del motín lo mejor, lo único sin estrenar que había encontrado en su casa y en su cuerpo.

Se iba alzando la segunda barricada, tendida a lo ancho del patio, frente a la portería, en previsión de que los sublevados, rechazados de la primera, tuviesen que retroceder unos metros. Los trabajos se hacían en medio de una calma relativa, adornada con canciones patrióticas y vivas solemnes y enardecedores: pero, de pronto, el maestro carpintero, que, para mayor seguridad técnica, dirigía la construcción, notó que entre mueble y mueble quedaban unos espacios, si no muy grandes, al menos sí lo suficiente para que por ellos pudiera, traidoramente, colarse un proyectil enemigo o el mango de una escoba inquisitiva; había que remediar el mal, pues dejar aquello así hubiera sido una imperdonable imprevisión.

El maestro fué a consultar el caso con el señor Ramón, que a la sazón andaba atareado, probando por sí mismo la resistencia del primer montón de muebles; el héroe, volviendo la vista, vaciló un momento; había que tapar aquello... Hubo una pausa, durante la cual el cerebro del señor Ramón funcionaba con estridencia, alzó los iracundos ojos a la altura del principal y fijó una mirada vengadora en la habitación del señor cura... sí, aquel era el único vecino que, sumido desde hacía cuatro días en un ostracismo vergonzante, no había prestado el concurso de sus muebles para el alzamiento de las barricadas, y, sin embargo, en aquella habitación—el señor Ramón lo sabía muy bien—había todo lo necesario para remediar los desperfectos que el carpintero acababa de denunciar.

El insigne sociólogo se dió un golpe en la frente y, despojándose del chaleco —cosa que hacía siempre que se trataba de tomar alguna heroica resolución—, dirigió al patio la siguiente arenga:

—Hijos míos: hoy es día de justicia completa; hay que acabar en lo que se pueda con la influencia avasalladora de la *reación*. A vosotros, como a mí, os achincha la influencia vaticanista, porque me consta que os chincha; pues bien, ¿queréis que ahora mismo acabemos aquí, dentro de la casa: con la *custión* del Vaticano, castigando de paso al traidor que niega al pueblo lo que el pueblo necesita *pa* defenderse?

—¡Sí, sí!...—exclamó el pueblo en plebiscito aterrador.

No esperó más el señor Ramón; bajó del montón de trastos en que estaba subido y, dirigiéndose a la escalera que comunicaba con los pisos, gritó imperativo a la masa:

—Seguidme.

Le miraron absortos, sin saber qué quería ni a dónde iba; pero magnetizados por el prestigio avasallador de aquel hombre, ganaron tras él la escalera con saltos felinos y vengadores: no eran las mujeres las menos excitadas; la madera de la escala tembló ruidosa, mientras la cabeza del pelotón torcía por el pasillo a la derecha y marchaba rugiente hacia la habitación del cura de San Andrés.

Una lluvia de golpes y estacazos cayó sobre la puerta a tiempo que el señor Ramón, en medio de griterío infernal, conminaba.

—¡Abran en seguida, en nombre de la acracia! ¡Abran o echaremos abajo la puerta!

Al clamor de los de fuera contestaba dentro un sepulcral silencio, hasta que el jefe de aquello, después de repetir tres veces su demanda, dijo a los más próximos:

—¡Vaya! Basta de penetración pacífica.

—Y arrimando el hombro a la puerta, invitó a los demás a que le ayudaran; se trataba de echarla abajo, y antes de un minuto la potente cerradura que el sacerdote tenía como guarda de sus avaricias, cayó vencida por la tenacidad de apuellos energúmenos.

—Una ovación formidable estalló en toda la casa, y cuando los primeros sublevados entraban en la habitación, vieron que un bulto negro, agarrado a una soga, se deslizaba por el balcón a la calle; sobre una mesa habia quedado abandonada suculenta taza de chocolate a medio deglutir, rodeada de un enjambre de bollos de leche bastante apetitosos; de rodillas en el suelo, una mujer, no tan apetitosa como los bollos, pero no del todo despreciable, pedía perdón para su vida a la ferocidad de los visitantes.

—Con usted no va *nà,* señora—dijo el señor Ramón con esa galantería que siempre ha caracterizado a los revolucionarios españoles, aun en medio del fragor de la lucha—. ¿Y el grajo de su amo?

La pobre mujer, muerta de angustia, señaló jadeante al balcón, se asomaron a él unos pocos y vieron que hacia el viaducto corria desolado, con la sotana a media pierna, Timoteo Molluelo, el virtuoso y culto sacerdote, honra y prez de la parroquia de San Andrés, que, sin vocación alguna para el martirió, se había descolgado por el balcón a la calle, temiendo las justas iras de los amotinados.

Estos, que iban a lo suyo, viendo que el pájaro había huído, se dedicaron a la jaula, y en menos de lo que se dice, los suculentos muebles del cura—los mejores de toda la vecindad—fueron trasladados al patio, mientras el señor Ramón se dirigía a la biblioteca del fugitivo y se apoderaba *manu militari* de los trescientos volúmenes que la componían, con los cuales pensaba él tapar muy sabrosamente los intersticios de la segunda barricada.

Eran las diez menos cuarto y hubo que darse prisa; toda la casa estaba en armas a la sazón: las mujeres con escobas, zorros, cacharros viejos, y los hombrss con navajas, algún que otro revólver, garrotes, badilas y un Remington de la primera guerra de Cuba, que el señor Ramón llevaba cruzado sobre la espalda mientras daba las últimas órdenes; la tercera barricada—suprema esperanza de los rebeldes=acababa de alzarse en el fondo del patio con los muebles del cura y algunos más que sobraron de la construcción de los anteriores; en la segunda, a modo de cubierta protectora; fueron colocados los tomos de *Summa teológica* y de *Liturgia* que el presbítero guardaba como oro en paño, más unos cincuenta libretos de otras tantas zarzuelas sicalípticas, que de todo había en el huerto espiritual de don Timoteo.

Comenzó la distribución de puestos entre los combatientes: las mujeres y los niños al fondo del patio, con la consigna de ir corriéndose por la escalera a los pisos superiores a medida que la vanguardia fuese retrocediendo, pues la táctica del señor Ramón era irse batiendo en retirada, si no había otro remedio, hasta hacerse fuertes en el tejado, como último recurso. Los pechos fuertes tomaron

sitio, en la primera barricada, que sólo estaba a cinco metros de la portería; allí acampó el señor Ramón y su estado mayor; allí Basiliso y sus compañeros, allí la Donata, allí Teudis... En un cartón aparecía escrito en letras de grandes dimensiones:

«QUEREMOS EL ALQUILER LIBRE
EN EL ESTADO LIBRE»

¡Era el lema de combate! ¡Era la fórmula altruista por cuya integridad iban a ofrecer aquellos pechos su sangre generosa!

Dieron las diez, y una emoción especial agitó el corazón de todos: había llegado el momento; se produjo un silencio solemne, y por la atmósfera cruzó ese aliento especial, mezcla de alegría y coraje, combinación de esperanza y temblor que caracteriza a todos los comienzos de batalla,.. Nadie aparecía en la puerta; ¿qué era esto? ¿Se habría retirado el enemigo? Ante tal suposición, no pudo contenerse el entusiasmo popular: el silencio fué roto por una cadena de vivas y de cánticos rebeldes.

Dieron las diez y cuarto... las diez y media... El presagio primero se confirmaba; el señor Ramón trinaba ante la cobardía del despotismo, que así abandonaba el campo de la lucha. Pero su trinar duró poco: a las once y cuarto notóse revuelo en la portería, y dos minutos más tarde, el portero, pálido, cadavérico, con la caracola en una mano, los recibos en la otra y el cretinismo esculpido en la faz, apareció en el dintel del patio, como si alguien le empujase por detrás, constriñéndole a cumplir con su deber.

Una lluvía de pedruscos, latas de ex conserva, cajas de betún y dicterios infamantes cayó sobre el señor Cebrián, mientras sonaba un *¡viva la acracia!*, y el Remington del señor Ramón apuntaba sin disparar; el primer impulso del cancerbero fué huir; pero como si una fuerza invisible le empujase, tornó a dar un paso hacia adelante, a tiempo que el revés de una chocolatera madre, disparado hábilmente por la Donata, le dió en medio de la frente con tal violencia, que, soltando la caracola y los recibos, cayó al suelo con un chorro sanguíneo por las cejas.

Fué una ovación de circo romano la que acogió la caida del cancerbero: un grito, un rugido de victoria exhalado por un pueblo ebrio de sangre, que acoge con risotadas la muerte del tirano opresor. Pero como si la caída del señor Cebrián fuese el ¡alerta! esperado, del fondo de la entrada, y pasando por encima del cuerpo del caído, hicieron irrupción en el patio seis parejas de guardias de Seguridad, que, con el sable desenvainado se dirigieron al asalto de la primer barricada.

Un movimiento de estupor sobrecogió a los rebeldes, pero bien pronto el coraje les hizo reaccionar y los primeros disparos cruzaron el aire; los guardias al ver que la cosa iba de veras, hicieron paso atrás, y sacando los revolvers intimaron la rendición del señor Ramón y sus secuaces; una segunda descarga fué la respuesta de aquellos numantinos, y esta vez los viejos y vetustos armatostes que servían de artillería a los sublevados tuvieron un acierto parcial: uno de los asaltantes resultó herido en un tobillo, y recogido del suelo por las demás, hizo mutis a la pata coja por la portería, llenando de entusiasmo a los rebeldes.

Un exceso de prudencia impidió disparar a los cinco que quedaban, y viendo que las municiones de los sublevados eran escasas, entablaron la lucha cuerpo a cuerpo en el borde mismo del primer montón de muebles; las escobas golpeaban sus cabezas, y el ¡ay! desgarrado que de vez en vez se oía, demostraba que el canto de sus sables había acertado a tocar la parte tierna de uno de los sitiados. Dos de los guardias iban ya a ganar la altura de aquel promontorio, cuando la

Donata concibió una idea bizarra, y fué que, como la cómoda que servía de armazón principal al montón tenía los cajones hacia fuera, y era a ella donde más se agarraban los que querían subir, la chica, colocándose detrás, esperaba a que uno de ellos estuviese en situación propincua, y, empujando con violencia el cajón de dentro a fuera, venía a dar en tierra con el cuerpo. Claro es que, cada vez que uno caía, redoblaba el entusiasmo del concurso, y los ¡vivas! a la hembra castiza eran acompañados de cariñosos apretones de los más próximos, como homenaje a la heroína de fuertes caderas: pero no tardaban en reponerse los del orden, y furiosos ya por tamaña resistencia, hacían girar en molinete sus sables, sembrando la contusión en derredor.

Uno de ellos había cogido por el cuello al señor Ramón, mientras el cabecilla, vomitando blasfemias contra la burguesía, procuraba dar a su verdugo con la culata del Remington en los vacíos estomacales; en aquel cuerpo a cuerpo ambos luchaban con igual bizarría, y por ello, la victoria no se decidía por ninguno, pero de pronto, el montón de sillas que servía de pedestal a aquella lucha homérica, sufrió un desvanecimiento, y haciendo crujir sus remos inferiores, vino a derrumbarse con estrépito, sepultando a los dos beligerantes en un Himalaya de astillas, una de las cuales se incrustó, traicionera, en el anca derecha del señor Ramón.

Grande fué el terror de la masa rebelde al ver caer por tierra a su caudillo, terror aumentado por los desgarradores ayes que este lanzaba desde el abismo en que había caído, haciendo aparecer como agónico al que no estaba más que mal herido. Como si la caída del señor Ramón fuese la señal de la derrota, coincidiendo con ella aparecieron en la puerta tres parejas más de la sección montada, que viendo la imposibilidad de penetrar a caballo en la casa, habían echado pie a tierra para acudir en auxilio de sus compañeros.

Pero de todas estas contrariedades hubieran, quizá, triunfado los rebeldes, capitaneados a la sazón por Donata, que había ocupado el puesto de honor de su tío, si un fenómeno extrahumano y apocalíptico no hubiese llegado en auxilio de la tiranía, derrotando por el terror a aquella masa de héroes, cuyo centro y retaguardia—la segunda y tercera barricada—aún no había combatido. El cielo, de un azul purísimo, no contenía ni la sombra de una nube, y sin embargo, de repente, como caen las maldiciones divinas, comenzó a caer sobre el patio una gigantesca tromba de agua dividida en varios chorros, que con su estrépito de catarata no dejaba oir los ayes y gritos de aquella aterrorizada muchedumbre.

Fué una exacta reproducción del diluvio universal, ejecutada a pleno sol de verano, que derribaba por tierra a los varones más robustos, que tornaba a derribar a los que intentaban levantarse y que, sembrando por la casa una confusión acuosa, hizo que el que no se desmayó, buscase la salvación en la fuga, mientras los muebles, casi nadando, iban a golpear con sus esquinas los cuerpos de los pocos que medio de pie habían logrado tenerse. La caída del agua hacía el efecto de una paliza, que quebraba los huesos con su frialdad, y el suelo, ya empapado, era un martirio más para los que intentaban correr, que no tardaban en caer revueltos con alguna tinaja flotante.

Y el terror, un terror loco, de no saber qué era aquello ni qué cataratas se habían abierto para castigar la insubordinación contra sagrados principios, impedía a todos ellos alzar la vista al cielo, temiendo encontrarse con algo más espantable todavía...

Pero cuando uno de ellos, más valeroso, pudo mirar hacia el tejado, al abrigo de una mecedora qne flotaba, vió con despecho cómo una sección de bomberos de la villa, provistos de mangas feraces, evolucionaba a las órdenes de un subjefe, sembrando la ruina desde las alturas de las teias.

Una hora más tarde, por el patio, convertido en lodazal, circulaban los camilleros de la Cruz Roja y los guardias de Orden público, a los contusos o simplemente desmayados se les colocaba en una silla y se les conducía a la Casa de Socorro; a los que, buenos y sanos, se habían tendido al sol para acabar de secarse, se les hacía levantar con no muy buenos modos y se les amanillaba en cuerdas de a ocho, para conducirlos a la cárcel del sexo respectivo—; y no es que las cárceles hagan sexo—, por haber hecho resistencia a la autoridad.

¡Infelices! Soñaron en derrocar en una hora lo que trae siglos y siglos de sustento y pagaban con la libertad tan necia ilusión, mientras el tirano, el déspota, el sátrapa cuya sangre quisieron beber, estaba allí, a la puerta de la casa, con risa de conejo, haciendo cuentas, cada vez que un grupo de detenidos pasaba ante él, de a cuánto ascenderían las fianzas que todos ellos dejaban incautamente en su mano, por resistencia al pago y destrozos en la finca; el portero con la frente vendada, daba escolta a su amo y señor, que tenía a su derecha al cura Molluelo y al delegado del distrito.

¡Un símbolo el tal grupo! Un símbolo cuyo significado amargo no queremos desentrañar ahora.

El señor Ramón quiso ir por su pié a la Casa de Socorro, donde había de proceder a extraerle el palo de silla que como trofeo glorioso llevaba incrustado en sus carnes; al pasar, entre dos guardias, por delante del grupito citado, dió un *¡Viva la demolición social!* que los del grupo acogieron con sonrisas.

—Ya caeréis—dijo, profético el herido, mientras como prenda de su profecía se alejaba por debajo del Viaducto el odio mortal de aquellos héroes amarrados.

Por el cielo cruzó un nubarrón de venganza; por la tierra, un poeta popular, cuyo nombre oculto, comentó de esta guisa el histórico suceso de la casa de la calle de Segovia:

«Tal vez por burla, mirando
doméstica y mansa ya
una fiera, un hombre está
con ella, Patro, jugando;
cuando más la halaga blando,
vuelve á su furor primero:
casero es animal fiero,
luego si, ya lisonjera,
no hay burlas con una fiera,
NO HAY BURLAS CON EL CASERO.»

Joaquín Dicenta

La mejor surtida en novedades y la más económica en relojería, joyas y óptica.—**La Vasco-Castellana,—Fernando VI. 9.**

Evita el dolor de muelas
DENTALINA
Perfuma el aliento
DENTALINA
1,25. Alcoholera, Carmen 10

Treinta años; a esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana; no debeis descuidaros, usad en seguida el agua **La Flor de Oro** y evitaréis las canas, la caspa y la caída del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO
¡¡EUREKA!!
Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.
NICOLÁS MARÍA RIVERO, 11 -- MADRID

FRINÉ

NÚMEROS ATRASADOS
VENTA EN ESTA ADMÓN.
PRECIO: 15 CÉNTIMOS

Núm. 1.-Arte de no envejecer
Cultura de la belleza.-Secretos para conservarla.-Recetas de juventud y belleza. - Concepción de la belleza, etc.

Núm. 2. - La mujer en el hogar
Relaciones familiares.-El modo de conducirse con la familia. - Conocimientos que le son necesarios.-Encantos de cada una, etc.

Núm. 3.-La belleza de los ojos
Color. - Forma. - Expresión. - Fórmulas para cuidarlos y hermosearlos. - Las cejas. - Las pestañas. - El cansancio y los remedios, etc.

Núm. 4. - Los perfumes
Importancia del perfume.-Sus encantos, sus misterios y sus aplicaciones. - Elección de perfumes. - Lenguaje de los perfumes, etc.

Núm. 5.- Los matrimonios
Ceremonial que regula las relaciones entre novios.-Las ceremonias.-Canastilla.- Fiestas y regalos. - La petición de matrimonio, etc.

Núm. 6. - La moda según el tipo
La posición social y las condiciones de cada una.-Elegancia y belleza.-El chic y la fascinación.-Cambios de moda, etc.

Núm. 7.-La belleza de las manos
Su encanto. - Cuidados necesarios. - Blancura.-Suavidad.- Las uñas.- Modo de embellecerlas.-Cuidados de las manos, etc.

Núm. 8.-La belleza de la boca
Los labios.-Modo de cuidarlos y embellecerlos.-Los dientes.-Consejos y recetas.-La pureza del aliento. - Como se deben pintar, etc.

Núm. 9.-Los bailes
Invitaciones. - Bufettes. - Los bailes de figuras. - Reglas de sociedad que se observan en los bailes.-Descripciones, etc.

Núm. 10.- Las joyas
Su significación. - Su historia. - Joyas célebres.-Elección de joyas. - Alhajas que se deben llevar. - Las piedras preciosas, etc.

Núm. 11.-Las ropas
Su conservación.-Lavado y planchado. - Modo de limpiar y conservar telas y efectos. - Recetas para la limpieza en seco, etc.

Núm. 12-Modo de ordenar la casa
La casa-habitación.-Condiciones de salubridad que han de tenerse en cuenta para su elección.- - Su orientación, etc.

Núm. 13.-Los peinados
Arte de elegir peinados.- Cuidados que exige.-Preparación de los cabellos. - Consejo útil para el peinado.-Los postizos, etc.

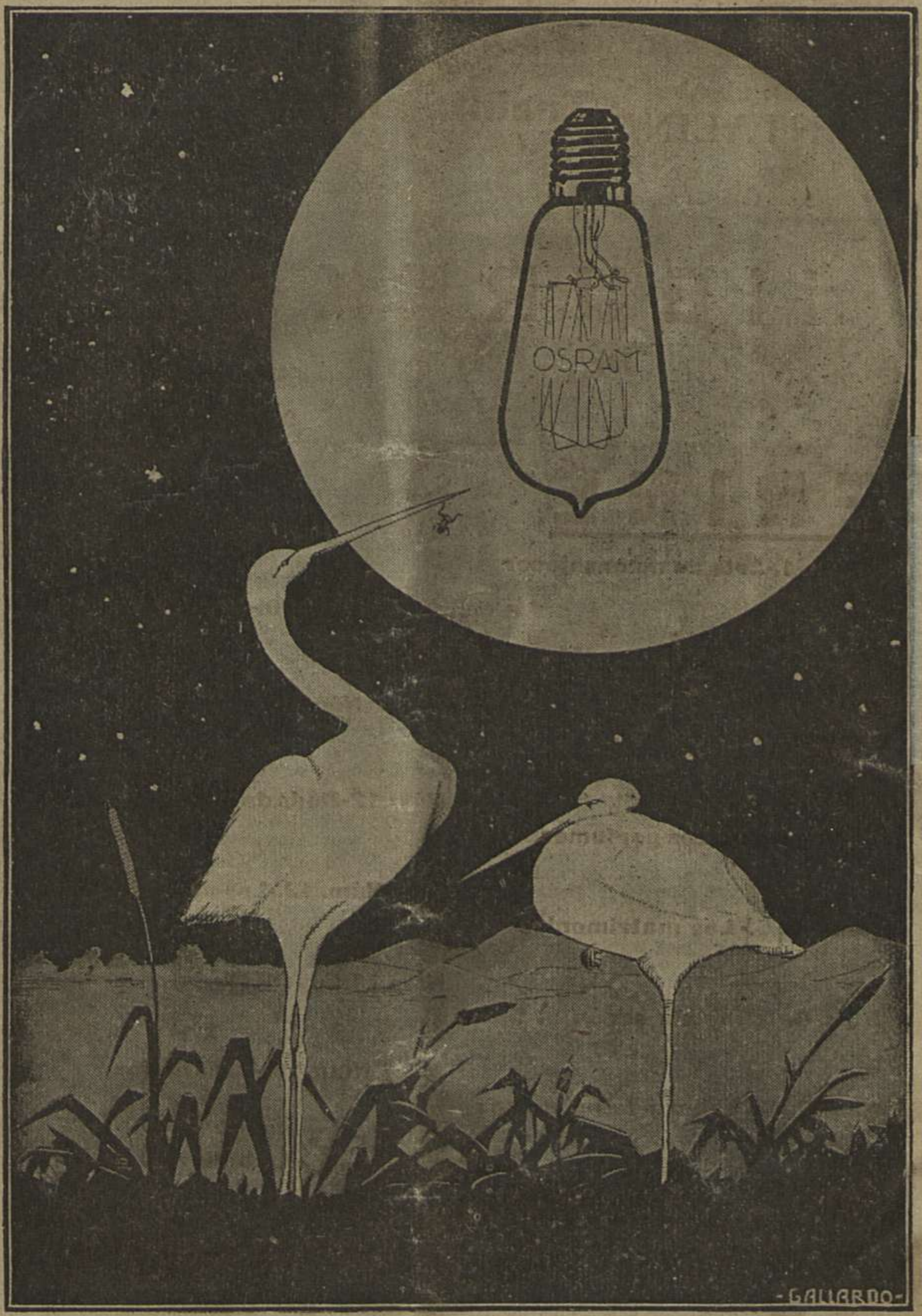
Núm. 14-Educación de las jóvenes
Educación para el hogar.-Las escuelas de menaje. - Papel moralizador que están llamadas a ejercer, etc.

Núm. 15. - Las visitas
Sus leyes. - Diversas clases de visitas.- Saludos. - Presentaciones. - Maneras de saludar. - Cuándo debe darse la mano. etc.

Núm. 16.- La belleza del pie
Cuidados que necesita.-La media y el calzado.-Particularidades notables.- Los baños de pies. - Para combatir el frio en los pies, etc.

Núm. 17.-La belleza de la línea
Modo de modelar la estatua humana.-Corregir defectos y desviaciones.-Alcanzar la belleza de las formas y estatura, etc.

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA



CONCESIONARIO:

PABLO ZENKER

Sucesor de León Ornstein

MARIANA PINEDA 5

MADRID

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral** y **Frivolidades**. Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3.—Madrid.